

Barcelona, un mes 2 Ptas.
Fuera, trimestre 750
Portugal, » » 850
América, » » 850
Demás países, 25

Barcelona amadeísta

El Liceo, en 1872

Las obras y los artistas. — «El Conte Ory». — Artistas españoles.—Goula y el bajo Uetam. —La tiple Dionisia Fité.

Aquel coliseo, hoy casi centenario, que ocasionó tan enconadas rivalidades con el de Santa Cruz, llamado también «Principal», dividiendo a los barceloneses de antaño en los bandos de «liceístas y cruzados», en los días de Don Amadeo I, intentó también ser el centro de los espectáculos culturales y el palenque en donde mostrasen sus cualidades artísticas profesionales del canto y la declamación. Los primeros, no fueron en aquel año estrellas de primera magnitud. Las obras cantadas fueron las mismas que ahora se nos suelen ofrecer. «La Sonámbula», «Otelo», «Africana», «Lucia», «Trovador», «Favorita», «Dinorah», «Rigoletto», «Guillermo Tell», «Norma, Macbeth», y un estrafalario «Conte Ory», del que pronto hablaremos, constituían el repertorio de nuestro teatro del Liceo. Las artistas en aquel año fueron la Passarini, soprano de voz agradable, robusta y extensa, a la que solía dar una expresión muy adecuada. Poseía una escuela buena y correcta, con ejecución fácil y limpia, dando oportuna expresión a las situaciones escénicas. El público barcelonés la hizo objeto de sus entusiasmos y simpatías, las que compartió con Angela Peralta, cuya voz de «soprano fogato» era de buen timbre y regular volumen. Tenía una asombrosa flexibilidad de garganta y grande agilidad de ejecución en el género ligero, con una vocalización correcta y muy esmerado estilo. Sólo cantó «La Sonámbula» y «El Conte Ory» en los dos meses que actuó en el Liceo.

«El Conte de Ory» era un engendro, de génesis algo rara, por no decir estrafalaria. Cuando Carlos X fué coronado rey de Francia, se encargó a Rossini la composición de una pieza lírico-dramática, de circunstancias, que, con el título de «El viaje a Reims», se representó en la Opera italiana de París, en agosto de 1825. Más tarde, el poeta Scribe refundió uno de sus vaudevilles, hilvanando un nuevo libreto de ópera con el título de «Le Comte d'Ory». Rossini le aplicó la música del «Viaggio a Reims», añadiéndole algunas piezas más, y el tal engendro se cantó así por vez primera en la Opera francesa en agosto de 1827. Después, el libreto del «Comte d'Ory» fué traducido al francés, y representado en muchos teatros de Italia, y en 1830 se cantó por vez primera en Barcelona en el teatro de Santa Cruz. Y lo que podemos llamar «reprise» en el argot teatral, gracias a la ejecución perfecta de la Peralta, resultó un éxito para el popular Rossini. La primitiva partitura se resentía de ser una obra de circunstancias, en que la inspiración cede su lugar al deseo de servir al que paga la obra, y como éste era un monarca, resultó fácil confundir la inspiración con el servilismo. En algunos pasajes de la ópera, aparecía triunfante el genio de Rossini, y el coro de peregrinos y el de caballeros, del acto segundo, el dueto de soprano y de tenor, y la cabaleta, de excelente efecto dramático, se hicieron populares en Barcelona, hasta el punto de llenar el Liceo en las cincuenta representaciones consecutivas que se dieron de la ópera citada.

Parecía que en aquellos días el destino quería darnos, a toda costa, artistas españoles para actuar en el Liceo. Dejando a un lado la Peralta (que era oriunda de Méjico), y el bajo Agustín Rodas, tan justamente popular en su época, contábamos con la Damiana Pascual, que cantó admirablemente el «Poliuto», la «Marta» y «La Hebra». Vino también Filomena Llanes, asturiana, de grande porvenir, que se sostuvo durante toda la temporada teatral, y los tenores españoles Gonzalo Tintorer (hijo del pianista don Pedro), Manuel Carrión y Antonio Aramburu, mostraron sus brillantes dotes artísticas, que el público supo aplaudir, como era justo.

El maestro director era don Juan Goula, uno de los genios musicales en el difícil arte de poner óperas en escena. Sus andanzas le condujeron una vez a Mallorca, en cuya capital le fué un día necesario penetrar en una tienda de zapatería para calzarse a su gusto. Tomándole medida estaba el maestro zapatero, cuando se oyó en el interior de la tienda en donde se hallaba el taller, el canto de un oficial, que amenizaba las arideces del trabajo cantando trozos de ópera. Quedó Goula pasmado de lo que oía, y de la voz y recursos vocales del joven cantante. Pidió al maestro se lo presentase, y a los pocos días, Goula, con el oficial zapatero Mateu, desembarca-

ban en Barcelona. El gran director esforzó en darle las primeras lecciones de solfeo y canto, le impuso admirablemente la voz, y, al año siguiente, el bajo Mateu debutaba en nuestro Liceo, con carácter de modesto partiquino. Pero después, entrado el verano, en el teatro de Novedades, Goula dirigió otra compañía de ópera, y en ella, el bajo Mateu (con el nombre trocado en Uetam), actuó de primer bajo, haciéndose el ídolo del público, y preparando sus sucesivos triunfos de Milán, Viena, París, Berlín y Madrid, en donde por espacio de treinta años fué el bajo predilecto para interpretar toda clase de obras líricas. Su llaneza e ingenuidad de «buen atleta», recordaron siempre su canción del taller en que el maestro Goula le descubriera.

Otro descubrimiento y otra revelación artística, tan portentosa como la anterior, se manifestaron en aquellos mismos días. El maestro Juan Goula había contraído, en 1870, matrimonio con la señorita Dionisia Fité, bellísima y arrogante dama, en cuya mente y corazón alentaba un gran espíritu de artista. Sin impacencias, y con un profesor tan culto y concienzudo como su esposo, se perfeccionó en el canto, se hizo familiares las tablas, salvó los escollos del arte de la declamación y de la mímica; vió y oyó y estudió la labor de las primeras figuras del teatro y de la ópera, y, en 1871, debutó en nuestro Liceo, con «Marta» y «Faust». Arrebató de veras a nuestro público. No era la simpatía por nuestra paisana, ni el afecto que a su esposo profesaba toda España; era el mérito imponiéndose y triunfando por sí mismo. Su voz fresca y simpática, su manera de emitirla, su sentimiento y gusto en el canto, su interpretación dramática acomodada al carácter del personaje, su naturalidad y desembarazo, propios de consumada actriz, su actitud y figura arrogante y esbelta, todo le hizo triunfar plenamente en los cinco meses consecutivos que actuó en el Liceo. Pasó después al teatro Real, de Madrid, con éxitos iguales, y al hacer una «tournee» por América, una traidora enfermedad le quitó la vida, antes de cumplir sus veinticinco años, y cuando aun estaban en plena eflorescencia los laureles que tan profusamente conquistara. Su rápida y corta actuación no es recordada hoy más que por unos pocos sobrevivientes que lamentamos su pérdida, y la leyenda trágica que, sobre las causas de su muerte, se difundió en aquellos días.

ARTURO MASRIERA

Cartas de París

Francia y la Conferencia naval

El Quai d'Orsay ha enviado su respuesta favorable a la invitación para tomar parte en la Conferencia naval de Londres; una nueva conferencia internacional que ofrece desde ahora perspectivas tan difíciles como la de La Haya, aunque no pueda tener, en caso de éxito o de fracaso, una repercusión tan directa, tan emocionante sobre la política europea. El señor Mac Donald acaba de obtener en los Estados Unidos un gran éxito personal y político. Su viaje ha dado ocasión a la amistad angloamericana para manifestarse con demostraciones entusiastas, prácticas y sentimentales. Desde el punto de vista inglés, la Conferencia ha triunfado ya; es decir, ha triunfado la política laborista que se orientaba hacia el acuerdo con los Estados Unidos. Basta recordar las campañas de la Prensa americana contra el intento de acuerdo francobritánico sobre esta misma cuestión para apreciar el cambio a fondo que se ha operado en la opinión americana respecto a la amistad con Inglaterra. Y lo prodigioso del caso es que sea Mac Donald, un socialista, quien haya actuado mágicamente sobre la amistad de un pueblo donde el socialismo es casi inexistente. Pero Mac Donald realiza, al mismo tiempo que la representación socialista, el tipo de puritano, grato a los descendientes de los emigrantes del «Mayflower». Y ha llevado a América un propósito claro y fervoroso de trabajar por la paz, de evitar la ruinosa competencia naval entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña. Claro que Mac Donald, sabiendo amenazada por América la supremacía naval de su país, ha tratado, en lo posible, de salvarla.

La significación del acuerdo previo angloamericano es la misma que la que tuvo el otro acuerdo previo francoinglés torpedeado por la Prensa amarilla. Ha cambiado, sin embargo, el procedimiento para lograrlo, porque las conversaciones entre Mac Donald y Hoover han tenido una publicidad distinta de la que tuvieron las notas cruzadas—con instrucciones confidenciales a los embajadores—entre el Quai

d'Orsay y el Foreign Office. Entonces, como ahora, se trataba de facilitar con un acuerdo previo entre las potencias que defendían posiciones distintas, el acuerdo definitivo con las demás potencias.

Francia, en este caso, podría haber sentido los mismos recelos que sintió hace año y medio la diplomacia americana. Pero ha creído más hábil y prudente aceptar sin reservas la invitación para la Conferencia. De todas formas, queda libre para defender su política naval y aceptar el acuerdo angloamericano sólo en los extremos que pueda convenirle.

Inglaterra y los Estados Unidos aceptan la paridad naval. La renuncia inglesa a la fórmula del Almirantazgo, que consistía en disponer de una fuerza naval igual a la suma de las otras dos potencias navales más fuertes del mundo, es, sin embargo, en estas circunstancias, un gran éxito para el gobierno laborista. Porque contra la supremacía naval británica conspira la fuerza formidable del dólar. Había, pues, que pactar con él, y evitar una competencia ruinosa. Eliminado el riesgo de guerra con América, renovada la amistad entre los dos países, la asociación marítima de ambos representa para Inglaterra una economía en el ejercicio del dominio de los mares. La nueva política inglesa tiende a parcelar ese dominio, a designar jurisdicciones distintas a la escuadra británica y a la escuadra americana. Se trata de crear dos monroísmos marítimos. La adhesión del Japón se conseguirá, quizás, reconociéndole una jurisdicción menor, limitada al Pacífico occidental.

Pero la Conferencia de Londres no será de tres potencias, sino de cinco. Hay que contar también con Francia y con Italia. En Washington se ha pensado proponerles la paridad, teniendo en cuenta que sobre varios puntos—el de los submarinos, por ejemplo—, defienden posiciones idénticas, lo que hacía suponer un frente de discusión común. Pero la paridad naval con Italia es, en realidad, la inferioridad naval de Francia en el Mediterráneo. Italia es una potencia exclusivamente mediterránea, mientras que Francia tiene que dividir sus fuerzas en las costas del Atlántico, sin olvidar la seguridad de sus rutas marítimas con su imperio colonial del África y de Extremo Oriente. Y, aun en el continente, como escribe un comentarista de política internacional, entre el Atlántico y el Mediterráneo, no han desaparecido los Pirineos. Acaso ha querido decir: el estrecho de Gibraltar. O aceptemos que sólo ha querido decir eso. De todas maneras, Francia no parece dispuesta a aceptar la igualdad de fuerzas navales con Italia. Un acuerdo previo entre las dos potencias no es imposible, pero sí difícil. Alguien ha dicho que el Mediterráneo era un lago italiano... Creemos que, por lo menos, se nos permitirá pescar en sus costas.

CARLOS ESPLÁ

Crónica de Berlín

España en las universidades alemanas

En mi artículo dedicado al Profesor Gamillscheg y a su fecunda obra de aproximación intelectual hispano-germana—que por cierto nos ha valido al Profesor Gamillscheg y a mi interesantes cartas de hombres de toda España interesados en los problemas del espíritu—aludí ya al entusiasmado fervor con que hoy se estudia la cultura hispánica en las universidades de Alemania.

En general, el mundo entero comienza ahora a estudiar austeramente y a comprender la aportación ibérica a la cultura universal. El descubrimiento de América y la construcción de El Escorial, que son los dos símbolos de la grandiosa obra espiritual de España, comienzan a verse con ojos limpios. De lo que se había renegado considerándolo como codicia, tetricismo y fanatismo, nace, en estos instantes turbios por que atraviesa el pensamiento universal, el único sentido hacia la eternidad que nos ha dejado la cultura europea. Pero, este camino me apartaría del artículo que yo quiero escribir hoy.

En las Universidades de Hamburgo, Bonn, Heidelberg y en la de Berlín existen Seminarios dedicados a la investigación y estudio de temas hispánicos, además de cátedras de lengua y literatura española en casi todas las universidades de Alemania. Un Seminario—no estará de más aclararlo, porque en la Universidad española no existen—es un centro de investigación dedicado a una especialidad, en el cual trabajan, conjuntamente, profesores docentes y estudiantes. Los Seminarios viven unidos a las respectivas facultades, pero los trabajos que en ellos se realizan carecen de valor oficial. En el plan de estudios no se computa sino la labor de cátedra, la labor de seminario,

que es la más seria y la más fecunda, la realiza el estudiante por pura afición. La cátedra crea el profesional, el seminario crea el investigador, esta clase de universitario que en España, todavía, casi no existe.

En los Seminarios de estudios hispánicos de las Universidades alemanas—está investigando la cultura española—de un modo verdaderamente digno de la mayor atención. No sólo se han escrito ya infinitas monografías que aportan material estimabilísimo, sino que han salido de ellos algunas obras fundamentales, tales como el estudio sobre los dialectos españoles del profesor Krüger, y los estudios sobre literatura castellana del profesor Petriconi. En el «Romanisches Seminar», de la Universidad de Berlín, que dirige el gran amigo de España, gran enamorado de la cultura ibérica y de la vida española Profesor Gamillscheg, están elaborados y dispuestos para publicarse una serie de trabajos de investigación de nuestra cultura que aportarán al estudio de España un riquísimo caudal de datos. Los tres primeros sobre «La primera edición del poema de Fernán González», «Los nombres geográficos en la toponimia ibérica» y «Aspectos verbales del castellano», aparecerán en seguida.

En el «Romanisches Seminar» se está formando una generación de investigadores, magníficamente impuestos y preparados para trabajar la cultura hispánica, a lo cual su maestro, el Profesor Gamillscheg, ha sabido despertar el interés fructífero que él siente por el espíritu ibérico. El principal desvelo del ilustre Profesor consiste en dar a los estudiantes una capacidad absoluta en el idioma, que él mismo habla como un español, y además enamorarles de la vida actual de España, para que su labor sea, tanto como científica, social y humana. He aquí porque los datos son más elocuentes que cuanto yo pueda decir, cómo se preparará durante el semestre, que comienza estos días, a los alumnos del «Romanisches Seminar». El mismo profesor Gamillscheg explicará una clase de «Sintaxis de la lengua española», el Lector de español de la Universidad, Felipe Fernández Armesto, explicará dos cursos de idioma español y otro de literatura española, y aparte de esto es posible que algún cursillo monográfico, la Docente señorita Sponer dará dos cursos de iniciación en el castellano, además se celebrarán lo que se llama conversaciones en círculo. Aparte el Seminario organizará un ciclo de conferencias, como lo viene haciendo desde tres o cuatro semestres, de los cuales ya me he referido en LA VANGUARDIA. Pero este curso están invitados Estelrich, el director de la Fundación Bernat Metgé; Eugenio D'Ors; el cónsul general de Bolivia en España; el escritor gallego Eugenio Montes, y el mismo Lector de español de la Universidad, Fernández Armesto, dará una conferencia sobre Ramón Gómez de la Serna.

Una de las actividades más importantes del «Romanisches Seminar», que sin duda será de una inmediata trascendencia para las relaciones entre Alemania y España, es el proyecto de intercambio intelectual que prepara el Profesor Gamillscheg. En el fondo el «Romanisches Seminar» viene haciendo intercambio desde que vive, pero ahora quiere convertir este intercambio en directo y sistemático. El presente curso debía iniciarse ya un intercambio de profesores entre las Universidades españolas y alemanas. Américo Castro había de venir a explicar un curso a la Universidad de Berlín, pero causas ajenas a la Universidad de Berlín y Américo Castro lo han impedido. El proyecto consiste en que cada curso se cambien profesores de todas las Universidades del Reich y de España.

Todavía más interesante y más trascendental que el intercambio de profesores, con éste serlo tanto, será el intercambio de estudiantes que también quiere fomentar el «Romanisches Seminar». El intercambio estará fundamentado sobre la siguiente base: un estudiante alemán, verbi gracia, que desea ir a estudiar a España se entenderá con un estudiante español que quiera venir a Alemania para vivir uno con la familia del otro y viceversa. Este sistema, que ya está establecido con Francia y otros países, es de una extraordinaria sencillez, y le produce al intercambio facilidades maravillosas, tan a flor de piel y tan claras que no es preciso comentar.

Mas todo esto para que sea completamente eficaz exige propósitos y atención similares en España. Se ha comenzado ya la organización de relaciones directas entre todas las Universidades del Reich y todas las Universidades españolas, fundamentadas sobre comités de amistad y de cooperación. Ni en una ni en la otra le faltará el estímulo de las instituciones sociales y del pueblo.

Si la paz no se fabrica en Ginebra, el espíritu la va haciendo.

Berlín, octubre. AUGUSTO ASSIA